

La calle para el martes 9 de febrero de 2010  
Diario de un espectador  
Mandela y Pienaar  
por miguel ángel granados chapa

Ante la inminencia de la Copa mundial de rugby, de que sería sede Johannesburgo en 1994, el recién elegido presidente de Sudáfrica Nelson Mandela se propuso alentar al equipo nacional, a pesar de que era emblema de la dominación blanca sobre la mayoría negra. Para ese fin, el histórico dirigente invitó a tomar el te al joven capitán del equipo, Francois Pinaar, encarnado en la cinta *Invictus* de Clint Eastwood por Matt Damon, al que hace no mucho tiempo vimos en *El informante* y a cada rato está en los canales de paga de la televisión en *La supremacía Bourne*.

Pienaar está recién casado. Hasta poco antes ha vivido con sus padres, una tradicional pareja blanca que tiene una sirvienta negra, Estefanie, a la que tratan con amabilidad. Pero si bien no comparten las bases filosóficas del apartheid (que los blancos son superiores a los negros y éstos deben estar sometidos a aquellos) desconfían de Mandela, a quien la mayoría blanca considera un delincuente. El padre de Pienaar no duda que en algún momento el gobierno expulsará a los blancos. Se sorprende, en consecuencia, cuando su hijo recibe una invitación para encontrarse con Mandela y, más todavía, cuando a partir de entonces se vuelve su admirador.

El equipo dirigido por Pienaar está en pésimas condiciones y se augura su derrota. Por lo tanto, Mandela motiva al capitán para que éste a su vez infunda en sus jugadores un espíritu triunfador, que comparta Sudáfrica entera. El presidente recuerda a su joven interlocutor que durante su prisión lo enaltecía un poema inglés del siglo XIX, de William Ernest Henley, titulado *Invictus*, que da título a la película, distinto del que ostenta el libro que es su origen. John Carlin le puso *Playing the enemy* (Jugando con el enemigo) pero sus editores españoles lo titularon *El factor humano*, copia perezosa del título de una novela de espionaje del gran autor británico Graham Greene, a quien hay que admirar por su estilo y no por sus prejuicios).

Una traducción libre del poema inspirador dice así:

“Más allá de la noche que me cubre/ negra como el abismo insondable/ doy gracias a los dioses que pudieran existir/ por mi alma invicta./ En las azarosas garras de las circunstancias/ nunca me he lamentado ni he pestañeado/. Sometido a los golpes del destino,/mi cabeza está ensangrentada pero erguida./ Más allá de este lugar de cólera y de lágrimas,/donde yace el horror de la sombra/ la amenaza de los años/ me encuentra y me encontrará sin miedo/. Ni importa cuán estrecho sea el portal/ cuán cargada de castigos la sentencia/ soy el amo de mi destino/ soy el capitán de mi alma”.

Imbuido de ese espíritu en su vida política, Mandela lo transmite a peinar, que a su vez lo transmite a sus compañeros. Y entonces los vemos, esforzándose, ganando a Australia en el primer juego de la copa. En sus entrenamientos y en esa primera aparición en un estadio pletórico, Mandela visita a los jugadores, algunos de cuyos

nombres ha aprendido de memoria, así como ha conocido a sus guardaespaldas blancos, de cuyas familias pide siempre informes y a las que envía saludos.

Cuando los Springboks se imponen en la final a los poderosos All Blacks de Nueva Zelanda, Pienaar responde a una pregunta que no se siente apoyado por los 62 mil asistentes al estadio, sino por los cuarenta y tres millones de sudafricanos: El objetivo de Mandela se ha logrado.